



II

PUEBLA

CAPITULO PRIMERO

Sedeño

**L**AS tres, dijo Miguel contemplando la muestra del reloj, mientras éste meneaba incansable su hélice que parecía recortar el tiempo cual si la máquina convirtiera en pedacillos tenues las horas y los minutos, para lanzarlos luego á la sima de la eternidad. Las tres, repitió, y ya no llueve gota, y arrojó al suelo el extremo del fósforo que estaba á punto de quemarle los dedos... Si no estás muy cansada, levántante, que ya es el último tirón: nos anticiparemos un buen rato á la gente.

Y una voz dulce y grata, á la cuenta voz de mujer

TOMO I.—77

joven y bella, cantó desde la fementida alcoba á donde se dirigían las palabras del hombre.

— Descansé tan bien que me siento dispuesta á caminar otras quince leguas...

— No tanto, dijo la voz masculina; no tanto, que á las seis ya estaremos en la ciudad... ¿Verdad, Romualdo?

— Antes, amo; con la fresca le damos recio á los caballos, y al esclarecer ya podremos pasearnos en la plaza de armas... Déjeme echar pastura, que al fin por oír misa y dar cebada, nunca se perdió jornada. Y con mucho ruido de la paja de que estaba hecha la *china* en que había descansado y un gran bostezo y una gran sacudida de miembros con que le tronaron todas las coyunturas, Romualdo se levantó no sin haber lanzado muchos ¡*brrr!* al pisar con los pies desnudos las losas del corredorcillo en que había pasado la noche.

Perdióse la mancha blanca de los calzones de Romualdo en la obscuridad de un corral, cuya puerta chirrió al empujarla el asistente; se oyó el estornudar de un caballo, el masticar acompasado de dientes que devoraban el rastrojo y el maíz, y luego el andar de tres *cuacos* que caminaban despacio, hiriendo las guijas del zaguán con las herreduras. A poco el criado sacó las sillas con que había de enjaezar á los animales, escuchándose á la vez el sonido grave de los estribos que se arrastraban por el suelo mezclado al agudo de las cade-

nillas del freno y las cabezadas. Los cueros recién curtidos rechinaron al distenderse; Romualdo pujó varias veces y al cabo de un rato dijo:

— Ya acorté la *arción*; ahora va su mercé mejor que en coche.

Una mujer de pocos años (se echaba de ver en la gallardía del andar) cubierta con traje obscuro, tocada con sombrero hombruno y paño de sol, subió ligeramente en el caballo con montura femenina, apenas ayudada por el mocetón que trepó en la otra bestia. Romualdo quedó algo á la zaga para arreglar no sé qué asuntos pecuniarios con el *huéspere*.

Los caballos chapotearon en el lodazal que habían formado al derredor del ventorrillo los carros y carretas, y no tardaron en salir al campo, ó, mejor dicho, á la vereda que habían hecho los pies de hombres y bestias y las ruedas de toda suerte de pesados transportes.

— *Por ay de jilo*, gritó Romualdo que iba á toda prisa meneando la cuarta para ponerse al lado de la pareja.

Caminaron un gran trecho sin ver más que un par de rieles de plata que señalaban las rodadas de los carros, que se sumergían á veces hasta los ejes, y la silueta de los montes vecinos, más negra que la noche, que ya era negra como la tinta. Empezó á aclarar el día, y de repente apareció el ojo encarnado del sol luchando con las brumas que se cernían en la cima de los cerros.

— *Ñublina* en el llano, seguro verano; *ñublina* en el cerro, seguro aguacero, exclamó proféticamente el mozo mostrando las cimas de la Malinche cubiertas con vaporcillos tenues.

Pero ya el sol tramontaba iluminando las crestas de los dos gigantes que habían acompañado á los viajeros casi desde su salida de México.

El Popocatepetl mostraba la base cubierta de una bruma movediza que parecía encaje suavísimo, arrebatado por el aire; era el Atoyac que enviaba á la altura su ofrenda diaria de vapores, que al purificarse se convertían en nieve y en nube. Seguía una sombra verdinegra á manera de frente ceñuda formada por los robles y lentiscos, y luego, transparente, nítido, como si fuera de cristal de roca, el cono de la cima, reverberando hasta cegar la vista; un penacho de nubes envolvía la cúspide como el turbante blanco de una descendiente del profeta.

Seguía el Ixtacihuatl árido, prolongado, sin más forma al parecer que el esqueleto de una enorme bestia antediluviana abandonado entre la nieve á la luz del sol pálido de las regiones hiperbóreas. Mas fijándose un poco se descubría á la *mujer blanca* que habían visto en su lenguaje trópico los primeros habitantes de la tierra.

Los viajeros marchaban embebecidos contemplando aquel espectáculo, cuando Eugenia exclamó maravillada:

— Sí, es la *mujer blanca*. Mira; la cabeza está recli-

nada en un almohadón; tiene las manos cruzadas, los senos altos, elevadas las rodillas, firme la línea del busto y los pies descansando en la roca... La sábana con que se cubre es enorme, pero cae en pliegues regulares... La acaban de matar... ¿Ves cómo la mortaja está tinta de sangre? Y señalaba una serie de hendeduras en que el encendido ocre de la tierra parecía sangre caliente que se escapaba á borbotones.

De repente, se esfumó más aún la nubecilla que se cernía sobre el Popocatepetl, y la muchacha gritó:

— Mira, Miguel; parece el humo de un incensario que arde en honor de la difunta.

No contestó nada el hombre, sino que extendiendo la mano le mostró la ciudad que se miraba á lo lejos vaga y blanca, con un gran manchón verde que continuaba el matiz de la obscura sierra que se aparecía en el término más distante.

— La Puebla de los Angeles, confirmó Romualdo, que se quitó el sombrero y masculló una oración al oír las campanadas del alba que rompieron el velo de niebla que envolvía todo.

Y azuzaron á las bestias para llegar pronto, pues ya empezaba á caer una lluviecita tenue que amenazaba convertirse en tempestad. No tardaron en meterse por calles solas y sucias; les atajaron el paso muchas tapias de conventos; vieron á muchos soldados que salían ó

entraban á los cuarteles y por fin llegaron á una plaza donde pararon. El criado, que se las echaba de conocedor del punto, salió á buscar alguna habitación barata y cómoda donde hospedarse, dejando á la niña encomendada á alguna persona de respeto.

La luz empezaba á alumbrar ló alto de las torres y cimborrios de un edificio construído de cantera oscura que volteaba desdeñosamente un costado á la plaza de armas; los gorriones piaban en la copa de los árboles, cambiando de seguro requiebros y picardías; las campanas de los conventos llamaban á misa en tonos distintos: unas, pausadas y graves, anunciaban la misa de renovación con mucho gori gori y mucha vestidura dorada; otras, más discretas, la misa conventual, que iban temerosas de no alcanzar las dos beatas vestidas de negro que caminaban á toda prisa comiéndose las faldas con los pies; otras, la misilla rezada que apenas ponía espacio entre llamada y llamada, porque le corría prisa al capellancito atacado de flatulencias y que despachaba corriendo á sus monjas. La lluviecita había apretado ya y las gárgolas de una casa chapada de azulejos, empezaban á arrojar agua...

— Metámonos, dijo el muchacho, á esa iglesia, que debe de ser la catedral, al fin la casa de Dios es casa de todos: ya se *entabló* el cielo y mientras viene el mozo...

Empezaban á abrir las puertas de la catedral: dentro

se sentía un callorcillo suave y amoroso que invitaba á refugiarse en un rincón y á permanecer en él desgranando por horas enteras las cuentas de un rosario, oyendo los rezos gangosos de los señores canónigos y las voces aflautadas de los niños del coro. Todo estaba obscuro y apenas si se descubrían la barba marmórea de un patriarca griego acuchillador de herejes, la dalmática de un obispo vestido de oro, y unas palomas que tenía en la mano no sé qué bienaventurada. Les atrajo una lámpara que pestañeaba en un altar distante, y estaban contemplándola cuando se distrajeron mirando una figura que iba y venía por columnatas y capillas llevando un palo largo en cuyo extremo ardía una vela retorcida con que iba encendiendo cirios y candelas. La luz se detuvo en la reja del coro é iluminó un libro de letras gigantescas en que Miguel leyó la frase que había quedado pendiente el día anterior: *Beatus quæ lingua sua non est lapsus et qui non servit indignis se.*

Los visitantes estaban como acortados, y con la fatiga de los días anteriores sentían necesidad de reposo. Se sentaron en una banca y se divirtieron mirando á la figurilla que entraba, salía, daba órdenes, regañaba, reñía, manoteaba y seguía con su *otate* tan alto que parecía tener en la punta una estrella que se le hubiera enredado al hurgar en el firmamento.

El de la estrella se acercó á los viajeros y les hizo una

reverencia muy urbana, inclinando por igual el espinazo y el *otate* y les preguntó con ademán de hombre bien criado:

— ¿Ustedes son forasteros? ¿No querrían conocer la catedral, ver las pinturas de Cabrera, los tapices de Flandes que regaló el señor don Carlos V, el panteón de los obispos, la sala del tesoro y las imágenes famosas?

— Sí, señor, respondió la muchacha; pero como usted anda ocupado, lo dejaremos para más tarde.

— No hay para qué, replicó el otro con cortesanía; me permiten que vaya un momento á revisar si todo está en corriente y vuelvo en seguida.

Y se alejó arrastrando los piececillos tardos y borraños, después de hacer acatamiento al tabernáculo.

Eugenia y Miguel le vieron alejarse sin saber qué pensar de tan gracioso sujeto. Si se miraban el cuerpo chico y enjuto de carnes, la sotana y el bonete, que apenas convendrían á un niño de coro, y la falta de todo apéndice piloso en la cara, se le tendría por un muchacho; y si se tenían en cuenta la nariz caída, la piel llena de arrugas, los ojos lacrimosos, la voz cascada, la boca sin dientes y el paso de ida y vuelta, se le habría creído un viejo. No tardó en llegar, aunque sin el anuncio de tacones y suelas ruidosas, pues calzaba unas chancletas de orillo que parecían fabricadas por el silencio en



— ¿Ustedes son forasteros? ¿No querrían conocer la Catedral?...

persona: había dejado el palo luminoso y se engalanaba con la sobrepelliz más llena de labores, de plancha y mano que había encontrado en los cajones del guardarropa.

— Atareadísimo; figúrense ustedes, como quien dice nada: función de primera con tres capas; aniversario del señor Ansarilla, *requiem* del señor Luna, y maitines de víspera de Pentecostés de la manda del señor don Pedro Rodríguez de Ledesma, Cornejo, Núñez del Prado... y como el pobre de Elías está ahora abriendo fosos... Figúrense ustedes, un hombre con familia, mucha familia: mujer, dos suegras, tres cuñadas y seis niños en poder de la chinaca y defendiendo la santísima patria; por eso me tienen ustedes aquí cargando con todo el trabajo... Ayer se lo dije al señor Solórzano: ó se agencia la libertad de ese pobre muchacho, ó yo reviento antes de veinticuatro horas, pues al fin no es cosa de meter aquí, donde hay alhajas de verdadera responsabilidad, al primero que vaya pasando por la calle... Si les parece, empezaremos por el ciprés... Qué rico, ¿verdad? Es del valenciano Tolsa, el mismo que hizo el Caballo de Troya; pero lo que es aquí se escupió la mano el bárbaro: esas cuatro figuras son de los cuatro doctores, como quien dice, los cuatro generales en jefe de la Iglesia... El del librote es San Agustín, el barbudo San Gerónimo, el de la tiara San Gregorio